

**Precio 10 cts.**

# Reproducción

Tomo IV, No. 75.— 30 de Noviembre de 1921.

---

Director:

**Eliás Jiménez Rojas**

San José, Costa Rica.

Apartado 230

## SUMARIO

---

1. *Juan Huarte y Cervantes.*
2. *Aforística.*

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

**Imprenta Crejos Hnos.**

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas


Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 75.—30 de Noviembre de 1921

---

---

## El Quijote y el Examen de Ingenios

Versión taquigráfica de una conferencia pronunciada  
en el Ateneo de La Habana

Por Sergio Cuevas Zequeira

Profesor en la Universidad

(Abreviada)

El dominio invencible con que desde temprana edad avasallaron mi espíritu las obras inmortales en que cristalizó el genio literario de los pueblos neolatinos, explica y justifica mi presencia en este sitio, del cual en cierto modo parece alejarme la índole especial de los estudios a que vengo, hace años, dedicado con preferente y asidua atención.

Determinaciones hereditarias a las que consciente o inconscientemente todos pagamos tributo, sin que de él logren exceptuarse siquiera aquellos que de una manera reiterada y visible pretenden sustraerse a la acción

de esta ley, dieron vida y calor a aquel sentimiento de admiración que acendrarón después con su benéfico influjo las manos que en el hogar encauzaron mi inteligencia por firmes derroteros y el colegio en que vine con el andar del tiempo a hacer mis primeros estudios de humanidades.

A la compleja virtualidad de factores tan poderosos y decisivos, a la natural y legítima inclinación que permanentemente nos asocia con los que participan de nuestras ideas y obedecen al estímulo de nuestros sentimientos se debió, sin duda, señoras y señores, que el apacible alborear de la juventud me sorprendiera entregado con delicia inefable y en compañía de un grupo de inteligentísimos condiscípulos a la contemplación y al estudio de las grandes creaciones literarias acumuladas por los pueblos de cepa latina, y muy especialmente, como era natural, de las que para asombro de extraños y gloria y regocijo propios produjo en felices horas de acierto la nación hispana.

De ese grupo, disperso primero por el curso de los acontecimientos y

diezmado luégo por el helado soplo de la muerte, sólo quedamos en la brecha, fieles al culto de comunes ideales acariciados hoy con la misma fe que ayer, en los pasados días cuya melancólica evocación vuestra indulgencia me habrá de perdonar seguramente, allá en las riberas del terruño inolvidable un publicista de vigorosa mentalidad y de envidiable fama, y yo aquí, tan generosamente acompañado del público favor, que al conjuro de mi pálida palabra, desoyendo acaso más placenteros reclamos acude y se congrega en muchedumbre tan escogida y entusiasta, como la que vosotros ahora formáis en torno de esta tribuna.

Y entre esas obras de nuestra predilección a que antes especialmente me refería y que son maduro fruto de una civilización original, hay dos, que vivirán mientras no se extinga en el planeta el himno maravilloso de la lengua castellana; una de ellas es la que da motivo a esta fiesta, la que brotó de la pluma del hombre inmortal y prodigioso, paradoja viviente a quien la suerte, para enseñarnos, sin

duda, que la realidad es fecunda en abrumadores contrastes, quiso atrofiar una mano en la naval dura palestra de Lepanto para que luégo, con la única ilesa y mil veces diestra mano, escribiera el libro capital de la hispana literatura, ese libro al que puede llamarse sin hipérbole tesoro de un pueblo y admiración y pasmo de todos los otros de la tierra. Y el otro, de la fama menos celebrado, de no tan alto valer literario como el Quijote, pero tal por su originalidad, por su doctrina, por su inmensa trascendencia filosófica que sin él, parecería incompleto y mutilado el pensamiento español en la centuria décima sexta, es el *Examen de Ingenios para las Ciencias*, escrito por el doctor Juan Huarte.

Y ambos en mi espíritu dejaron huella tan imborrable, que aún es fácil encontrar su rastro persistente en mi oscura labor de periodista y de maestro, ya que si es verdad que de mis escritos dijo alguien acariciando mi oído con el eco halagador de una valiosísima lisonja, que olían a pergamino, no es menos cierto que a la



obra imperecedera de Huarte he dedicado algunos de mis más meditados trabajos universitarios. Y precisamente, señores, en un interesante opúsculo dado a las prensas no hace muchos años por el eminente profesor Salillas, de la Universidad de Madrid, se afirma que en las páginas del *Examen* encontró Cervantes el estímulo y la inspiración generadores de su fábula maravillosa.

Para llevarnos al campo de la convicción, escudriña el doctor Salillas con suma perspicacia la historia del famoso hidalgo, y ya en el título del libro, cuyos elementos integrales analiza con raro ingenio, vemos aparecer las primeras manifestaciones de una indiscutible coincidencia que se hace más visible y evidente cuando penetrando en el cuerpo de la obra se detiene ante la noble figura de Alonso Quijano el Bueno, y nos señala su singular condición mental, de vosotros bien conocida, como imagen o reminiscencia de aquella otra por una tradición tan remota como incierta, atribuida a Demócrito de Abdera, en una anécdota a que dió Huarte hos-

pitalidad en el primer capítulo de su libro, al solo propósito de demostrar que por maravilla se hallará un hombre de muy sutil ingenio que no pique algo en manía.

Y, en efecto, según el texto de la conseja a que me he referido, aquel pensador eminente a quien señala Lange en su Historia del Materialismo como fundador del más coherente y lógico de cuantos sistemas de filosofía nos legara el pensamiento helénico, fué juzgado como loco, hasta tal punto, que sus conciudadanos requirieron para curarlo, los auxilios de Hipócrates, quien después de haber departido con él por largo espacio de tiempo, como sólo tratara, dice Huarte, de discursos del entendimiento y no de la imaginativa, donde tenía el filósofo la lesión, volvióse a los abderitas, y les dijo: Demócrito es hombre sapientísimo y vosotros que lo tuvisteis por desatinado y sin juicio, sois los verdaderos locos. ¿Y quién no verá en el falso Demócrito de esta leyenda algo así como el anticipado modelo de aquel hidalgo cuya discreción y buen juicio cuando se le movía



plática sobre temas extraños a la caballería, encarecía el mismo Sancho, ponderaba el cura hablando con Cardenio y admiraban todos cuantos tenían oportunidad de escucharle?

Porque así me parece cierto, porque no cabe creer que tan diligente rebuscador de impresos como lo fué Cervantes desconociera el libro de Huarte, escrito en 1557 y editado por primera vez, según opinión autorizada de su entusiasta panegirista el doctor Guardia, por lo menos en 1580, no he vacilado en afirmar, de acuerdo con Salillas, que, efectivamente, existe una innegable relación entre el *Examen* y el *Quijote*. Pero aparte de esta influencia del primero en la que me permitiréis designar con el nombre de inspiración externa del segundo de los citados libros, aparecerán, ante vosotros, unidos por más estrechos vínculos, si ahondando en el pensamiento de ambos autores hasta dar con la que llamaría Rabelais *substantífica médula* de sus respectivas creaciones, logro poner en plena luz el propósito común que los determinó a escribirlas. Creo, señoras y señores, que en ma-

raviloso acorde, son esas dos notas denominadas el *Examen de Ingenios* y el *Quijote* un llamamiento a la gente hispana para que abandonando las inaccesibles alturas del ensueño echara pie a tierra y recomenzara sus antiguas y acostumbradas excursiones por el campo de la realidad, y para confirmar esta opinión que tengo por muy cierta, dejadme que en rápida ojeada ponga de manifiesto los caracteres específicos de la raza que por virtudes de múltiples concausas se fué formando al paso de los siglos en el candente laboratorio de la península ibérica.

Formada el alma hispana, por un determinismo geográfico fácilmente comprensible, en el aprendizaje de rudo batallar sin límite ni tregua, robusteciéndose en ella desde bien temprano la voluntad, con fuerza tal, que en el apetito de acción exacerbado hasta la hiperestesia que da tono a su psicología, encontraremos la clave de aquel realismo sobrio, eterno ahuyentador de fantasmas y vestiglos que informa todas las creaciones de su pensamiento y explica todas las vicisitudes de su historia.

Congruente con ese espíritu, la filosofía española abandona desde el alborar de su existencia los laberínticos derroteros de la especulación metafísica, y persiguiendo, desdeñosa u olvidada de nebulosas abstracciones, la investigación de los métodos precisos y de las orientaciones necesarias para la vida real, da al mundo con Séneca, el más grande filósofo de la España romana, un moralista, y más tarde, en la riente aurora del renacimiento, con Luis Vives, el más vigoroso de sus pensadores, un educador, es decir, otro moralista. Corren las ciencias por el propio cauce de aplicación a la práctica; y cuanto a la poesía, su más antigua cristalización, el poema épico, es en España una prolongación idealizada de la historia que al fecundo seno de la realidad y no a la fábula pide, para cantarlos, sus paladines legendarios y sus caballeros heroicos.

El más grande de ellos, aunque exaltado por la fantasía popular hasta convertirlo en altísima personificación del genio nacional durante los azarosos días de la reconquista, ni en el Cantar de Mio Cid, ni en el Romancero, se

nos presenta asistido directamente de poderes sobrenaturales, o servido por la mano mirífica de sutiles encantadoras, y si el éxito corona con victorias casi increíbles sus más atrevidas empresas, débelo al temple de su espada, a la fuerza de su brazo, a la incomparable bravura de su corazón. Y si, escudriñando en los más íntimos repliegues del pensamiento hispano, vamos a dar con sus místicos inmortales, los sorprenderemos, puesta la mano con ardiente celo, en el propósito de echar un puente sobre el abismo infranqueable que separa del hombre a Dios, mas no para sumirse absortos en la contemplación del *Uno*, y con él confundirse a la manera de los neo-platónicos alejandrinos, sino para atraerlo a la tierra, rendido por la fuerza de un amor, que, como dijera con singular acierto Oliveira Martins, nada tiene de metafísico, y fundir en una con la propia, la conquistada voluntad del divino esposo por quien suspiran.

Y este carácter particular de su misticismo, no sólo apartó a los españoles de las aberraciones y delirios del panteísmo germánico sino que pone

de manifiesto una vez más las capitales diferencias que a uno y otro pueblo separan, y de las cuales diera ya un testimonio el abatimiento y disolución de la efímera monarquía visigótica al empuje de una sola batalla, y la invencible hostilidad que persiguió siempre en España a los apóstoles y corifeos de la reforma luterana.

Por tan estupenda concepción, acaso única en la historia religiosa de todas las gentes, el espíritu inquieto de Teresa de Jesús encuentra en el fondo de sus eróticos arrobos, tesón y arrestos suficientes para reformar la orden del Carmelo, y el hidalgo de Loyola surge de las embriagueces del extásis dispuesto a crear la más poderosa y resistente milicia que desde los días memorables del concilio de Trento hasta el presente, ha conocido la cristiandad.

Pero merced al natural influjo de sus múltiples relaciones con otras comunidades civilizadas, abre España sus puertas a elementos extraños, que vienen a modificar en parte su genuina condición, y ya desde la centuria décima cuarta los discreteos pueriles, y



la afectada galantería importados por los trovadores provenzales, matizan con sus exóticas tonalidades el cuadro de la literatura castellana, que arrastrada luego por los númenes delirantes de la sinrazón a las vacuas regiones de la quimera, en la novela caballeresca poblada de esfinges, sátiros, enanos horribos, y espantables y desaforados gigantes, nos ofrece los deplorables frutos de la más frenética hinchazón.

Redivivos, por otra parte, recuerdo y obras de traductores y escoliastas judíos e hispano-árabes de la filosofía griega, el idealismo platónico, el empirismo del Estagirita, y más tarde, con León Hebreo y sus incomparables *Diálogos de Amor*, el eclecticismo platonizante de los alejandrinos, señalan nuevas orientaciones a la investigación filosófica, que cristaliza al cabo, allá por los primeros días de la edad moderna, en una estéril especulación sobre las causas finales, emprendida siempre bajo la dictadura de Aristóteles, con el silogismo por arma única y definitiva, el milagro por *última ratio*, y la querrela acerca del valor de los universales como manzana de una inagotable dis-

cordia entre metafísicos, de quienes puede afirmarse, recordando una frase de Taine sobre el poeta inglés Cowley, que si poseían todos los medios de decir lo que fuera de su agrado, no tenían, en cambio, nada nuevo que decir a sus contemporáneos.

Así, por tan exóticas vías descarriado el intelecto hispano, la odisea maravillosa que culminó en el descubrimiento de América, vino a borrar definitivamente de la conciencia popular los imprecisos límites que aún se levantaban en ella, separando del mundo del ensueño y de la fantasía el mundo de la realidad y de la experiencia.

.....

Presas inconscientes de esas reacciones que a inevitable abatimiento las precipitaban, seguía, no obstante, la Monarquía castellana acariciando sueños de grandeza y de gloria, mientras sus macilentos y empobrecidos vasallos prodigaban su sangre con increíble arrojo en lejanas e inútiles contiendas, o en desconcertado vaivén del templo al quemadero, dentro del territorio patrio, mitigaban de cuando en cuando sus tristezas con la noticia de alguna

estéril victoria en Italia, o con la llegada de los galeones de Indias, para ellos y para sus lacerías económicas, paladinamente ineficaz.

Y, precisamente, señores, en la oportuna sazón que le brindaban los días de aparente esplendor y de efectiva decadencia que siguieron a aquel agitado período de la hispana historia, escribió el doctor Juan Huarte su *Examen de Ingenios para las Ciencias*, y lo escribió a despecho de lo que era por entonces común usanza entre las personas doctas, en la lengua materna, bien por razones de justificado patriotismo, análogas a las que para redactar en el propio idioma la más famosa de sus obras adujo años adelante el agustino Malón de Chaide, bien inspirado en el noble propósito de hacer llegar a todos sus conciudadanos el conocimiento de las verdades que en el libro se proponía sacar a luz.

En él, y desde sus primeras páginas, rompe gallardamente Huarte con las supersticiones teleológicas, en su tiempo tan arraigadas, y una vez eliminadas del campo de la Filosofía natural las

causas finales a semejanza de enclaus-tradas vírgenes, santas y estériles, rechaza el milagro como sola y definitiva explicación de todos los fenómenos que a la humana consideración ofrece la realidad en sus múltiples aspectos, y busca para los hechos naturales, causas científicas, concordantes con las leyes que rigen la existencia de todos los seres en el universo.

La visión ultra espiritualista de aquellos metafísicos extraviados en el campo de la Psicología que distribuyen alternativamente entre dos entidades disímiles, rivales las más de las veces, y nunca perfectamente acordes, todas las formas de la humana energía, se desvanece al conjuro irresistible de los razonamientos que Huarte, lejano precursor de la ciencia moderna, va presentando en su *Examen* con rigurosa sistematización, hasta mostrarnos, mediante la constante e ineludible correspondencia de nuestras actividades psíquicas con nuestras actividades orgánicas, la cabal y completa unidad de ese maravilloso fenómeno que se llama la vida humana.

Ríndese al peso de argumentos no menos sólidos evocados por Huarte,

el poético ensueño de la reminiscencia platónica, con su obligado corolario referente a la existencia del innatismo, y planteado a nueva y clarísima luz el problema del conocimiento, surge éste a nuestros ojos, despojado de los mendaces velos con que pretende encubrir su origen el sonambulismo idealista, como lo que es en realidad, como el producto de la conjunción operada, mediante la permanente complicidad de los sentidos entre el mundo externo y el espíritu humano, que a los estímulos generadores de ese proceso de fecundación, responde, no con la pasiva plasticidad de un aparato fotográfico, sino con toda la espontaneidad de un sér activo, dando vida a esas aladas e impalpables señoras del mundo, que se llaman las ideas, en las cuales es siempre fácil descubrir el sello indeleble de la mente que las concibió. Mas, por esa misma ineludible complicidad, parece decirnos Huarte, anticipándose en dos siglos a William Hamilton, con su ejemplo de los cuatro observadores cuya visión, alterada por humores distintos, les hacía formar concepto diferente de lo objetivo, está condicionado por el



órgano que en cada caso contribuye a su formación, y en último extremo viene, con sus repetidas afirmaciones, a enseñarnos de una manera categórica, que los fenómenos, manifestaciones pasajeras de una entidad permanente e incognoscible, constituyen todo el caudal de nuestra experiencia.

Ahonda luego, como nunca hubiéramos podido sospechar que en aquellos apartados tiempos habría podido hacerse, en el arduo problema de la influencia del medio físico en las actividades psíquicas del hombre, llegando por una serie de razonamientos perfectamente lógicos, a afirmaciones tales a ese respecto, que lo señalan a nuestra admiración como antecesor de aquel sociólogo inmortal que lleva el glorioso nombre de Hipólito Taine.

Y no sólo en este acápite atañedero a la acción conformadora del medio físico sobre el sujeto a él sometido se anticipó el autor del *Examen* al saber de su época, porque también se arrestó a afirmar en su libro admirable, que el ingenio, bueno o malo, con que venimos positivamente a la vida, es una consecuencia del estado de los

padres en el momento de la gestación, y es bien notorio que esta doctrina aceptada hoy como una hipótesis de mucho peso y de no escaso valor, se ofrece como la mejor explicación de las diferencias originales de carácter y de inteligencia que presenta el hombre a la consideración de los psicólogos modernos.

Estudia luégo, como lógica derivación de las doctrinas que en el *Examen* ha ido exponiendo, los diferentes temperamentos en que puede considerarse dividida la humanidad, según el predominio en cada caso de determinados humores, y adelantándose por maravillosa intuición, a los afirmantes de la más avanzada Psicología de nuestros tiempos, sostiene con imperturbable entereza, por aquellos días verdaderamente temeraria, que en definitiva, la virtud y el vicio y la mayor o menor aptitud para una u otra ciencia son productos de aquella diferencia de temperamentos por él señalada, y tras encomendar al médico la misión de combatir el vicio y robustecer la virtud, confía al legislador el cuidado de encauzar las actividades del individuo en

la República por la vía más conforme con la capacidad de cada uno.

Como habéis visto, señores, por la rápida exposición que de las doctrinas de Huarte os acabo de hacer, el deseo de mejorar la condición humana en general no fué ajeno a la redacción de su obra, pero el propósito cardinal que la inspiró fué el de refutar errores filosóficos incongruentes con el genio de su raza, para contribuir a la gloria de su patria y a la felicidad de sus conciudadanos, apartándolos de las extraviadas sendas a que podía arrastrarlos fácilmente el desconocimiento de sus propias aptitudes y demostrando que la moral, la política y la educación de un pueblo deben descansar sobre la base de una acertada y previsorá psicología.

Algo parecido, aunque salvando la natural distancia que forzosamente ha de mediar por su índole diversa, entre aquel luminoso haz de científicas investigaciones y la más alta ficción que jamás conocieron los tiempos, puede decirse del Quijote, porque si tuvo Cervantes la suerte de sorprender, consciente o inconscientemente,

un aspecto de la humana condición y fijarlo en sus páginas inmortales, no parece aventurado afirmar que en aquel caballero magro y desvaído, que, entero el ánimo, pero quebrantado el pulso y menguadas las fuerzas, soñaba no obstante con realizar hazañas descompasadas e inverosímiles, puso, con mano amorosa, fiel trasunto de la fisonomía moral del pueblo hispano, tal como éste a sus ojos se ofrecía en el preciso momento de escribir su libro imperecedero.

Y he dicho, señores, que lo hizo amorosamente, porque no habiendo podido Cervantes sustraerse al influjo de aquel idealismo desapoderado y morboso, que por virtud de las causas que os he indicado, se había ido posesionando del espíritu nacional, como harto lo proclaman las vicisitudes de su atormentada existencia, fué él mismo un sublime visionario que, émulo de su héroe, anduvo siempre hurtando el cuerpo a la realidad.

Hay en el inmortal recuento de las aventuras del hidalgo manchego, rasgos autobiográficos, páginas que parecen arrancadas a las propias expe-

sobre ofrecernos la más acerba sátira que jamás se haya escrito en lengua española contra los gárrulos declamadores, cuya altisonante retahila de hueros epítetos y de símiles sutiles y alambicados, iba proscribiendo del campo literario los graves conceptos de la señorial galantería castellana, pone de manifiesto en ejercicio aquella portentosa virtud evocadora de lúcidos contrastes que poseyó Cervantes en grado eminente, y a la que se refería desde esta misma tribuna, en reciente doctísima conferencia, un joven de gran talento y sólida cultura.

Y si a otros aspectos de la hispana actividad dirigimos nuestra atención, ¿quién no descubriría en las fórmulas cabalísticas empleadas por Don Quijote para confeccionar el bálsamo de Fierabrás, y en los estupendos aforismos promulgados en la ínsula Baratania por el doctor Pedro Recio, el intento, altamente laudable, de poner en solfa doctrinas y procedimientos, aunque inspirados en la superstición más que en la ciencia, muy en boga entre los galenos de su tiempo?

Y no sólo sobre éstos descargó Cer-



vino, alancea molinos de viento y deshace ejércitos de mansas bestezuelas; que no a dolientes y encantadas princesas, sino a cínicos bandoleros alcanza a libertar con el filo de su espada y, en fin, señores, que, llegado el momento misterioso y dulce de la victoria más grata al corazón de un caballero andante, cuando cree estrechar entre sus brazos a una gentil infanta por sus grandes arrestos y gloriosa fama subyugada, dáse de bruces, y ¡vive Dios que al considerarlo se llena el pecho de indignación y de ira!, con la deslayada y astrosa Maritornes, no al blando reclamo de su amor, sino a la voluntad de un arriero zafio y brutal, dispuesta a rendirse sin dilación y sin recato?

Y permitidme, señores, que os haga notar cómo este episodio, de igual manera que aquellos otros en que Dulcinea—cifra y compendio de toda perfección y de toda hermosura, si al hiperbólico razonar de Don Quijote nos atenemos—es, no obstante, motejada por Sancho, ahora con despectivas alusiones a su verdadera condición, ahora con mordaces invectivas,

sobre ofrecernos la más acerba sátira que jamás se haya escrito en lengua española contra los gárrulos declamadores, cuya altisonante retahíla de hueros epítetos y de símiles sutiles y alambicados, iba proscribiendo del campo literario los graves conceptos de la señorial galantería castellana, pone de manifiesto en ejercicio aquella portentosa virtud evocadora de lúcidos contrastes que poseyó Cervantes en grado eminente, y a la que se refería desde esta misma tribuna, en reciente doctísima conferencia, un joven de gran talento y sólida cultura.

Y si a otros aspectos de la hispana actividad dirigimos nuestra atención, ¿quién no descubriría en las fórmulas cabalísticas empleadas por Don Quijote para confeccionar el bálsamo de Fierabrás, y en los estupendos aforismos promulgados en la ínsula Barataria por el doctor Pedro Recio, el intento, altamente laudable, de poner en solfa doctrinas y procedimientos, aunque inspirados en la superstición más que en la ciencia, muy en boga entre los galenos de su tiempo?

Y no sólo sobre éstos descargó Cer-

vantes la sal de sus donaires, que también la hizo caer con mano certera sobre los encargados de administrar justicia y sobre el tenebroso laberinto de sus prácticas nefandas, que por inmerecida desdicha tuvo sobrada ocasión de conocer.

Los sumarísimos fallos dictados por Sancho en el breve período de su efímero gobierno y el inesperado acierto que en todos ellos resplandece, si pregonan su buen juicio y sana condición, nos lo muestran además muy otro, de aquellos magistrados rutinarios y crueles que por los días en que se escribió el Quijote, solían, tras el lento andar de interminables procesos, hacer escarnio de la humanidad y del derecho, con sentencias irracionales. Las del ínclito escudero, por lo que hay en ellas de aleatorio y de equitativo a la vez, evocan el recuerdo de aquel Bridoye, de quien refiere Rabelais — ese hermano menor del glorioso manco— en el libro tercero de las pantagruélicas hazañas, que habiendo sido acusado ante los jueces del Parlamento de Myrelingues, de haber fallado injustamente en cierto

negocio, se limitó por único descargo, a declarar que, sin duda, por su avanzada edad, ya no veía bien los dados; y agrega el propio narrador, que a las interrogaciones del Presidente Trinquemelle sobre los dados a que aludía, contestó con serenidad imperturbable que, como seguramente también ellos lo hacían, él, antes de juzgar echaba siempre los dados, absolviendo o condenando en cada caso, según lo que éstos le indicaban; no obstante lo cual todas sus sentencias habían sido aprobadas durante cuarenta años por aquel sabio y venerable tribunal.

Pero las páginas donde se destaca más vigorosamente el propósito capital de Cervantes son aquellas en que Don Diego de Miranda, luego que el famoso hidalgo le hubo contado cómo salió de su patria, empeñó su hacienda y dejó su regalo para irse por el mundo en busca de aventuras, le pone ante los ojos, en trazos de concisión admirable, el cuadro de su propia vida, demostrándole cómo bastan a hacer ejemplar y fecunda nuestra existencia, sin necesidad de arrojarnos por el despeñadero de utópicas em-

presas, el cuidado de los bienes, los halagos del hogar y el ejercicio de la virtud. Y tal parece, señoras y señores, que aquel santo a la ginetá, como en los transportes de su entusiasmo lo apellida Sancho, no al mísero caballero sin juicio, sino a todo el pueblo español llama y conjura para que, abandonando los ásperos senderos del ensueño irrealizable, sofrene sus anhelos de dominación y de conquista, se acoja al dulce arrimo del patrio suelo, y se entregue con la tenaz perseverancia propia de su ingenio, a las redentoras faenas de la paz y del trabajo.

---

## Aforística

Los pensamientos son tapicerías arrolladas: la reflexión las descubre y expone al público.

TEMÍSTOCLES

La formación del corazón de los hombres es tarea de las madres; a ellas les legó Dios la delicada misión de amasarlos a besos en las cunas.

\*



Para las catástrofes de sentimiento, la mujer tiene una preponderancia marcada sobre el hombre. A pesar de sentir más, luce mayor vigor y entereza que nosotros. Sucede en este caso lo que con el viento huracanado que troncha la encina y no quebranta la caña.

\*

Una palabra cariñosa, tuerce algunas veces un camino de perdición, evita una gran desgracia, solventa un grave conflicto, desarma una mano criminal.

\*

Nada vale lo que nada cuesta. La limosna que sobra, no es limosna. La sonrisa a un amigo, no es virtud. La compasión sentida por quien sufre y queremos, tampoco es verdaderamente meritoria. Sólo constituyen actos de valor positivo, los que implican violencia por parte nuestra.

\*

La familia es el único consuelo de la vida; es la caridad, el sufrimiento y la abnegación en todos terrenos.

\*

De la misma manera que no porque formen verdaderas montañas las olas durante la tempestad, deja el nivel del mar de ser horizontal en su conjunto; no porque invada la vacilación algunas horas el espíritu nuestro, deja la voluntad enérgica de ejercer sobre él saludable imperio. El corazón más insensible recibe sus impresiones, la voluntad más enérgica tiene sus debilidades, el entendimiento más claro sus ofuscaciones y el hombre más sereno sus horas de zozobra.

\*

El honor, lo mismo en el hombre que en la mujer, es una cosa muy difícil de explicar. Se cree honrados a muchos bribones y se juzga deshonoradas a muchas desgraciadas.

\*

La ley de las compensaciones, donde tiene mayor razón de ser es en la vida íntima de familia. Allí depende la felicidad, única y exclusivamente de la compensación de ideas, voluntades y acciones.

J. CALL